

¿A QUÉ EDAD SE PUEDE EMPE[S]AR A TORTURAR A UN NIÑO?: NARRATIVA Y ANATOMÍA DE LA VIOLENCIA EN *DOS VECES JUNIO* DE MARTÍN KOHAN

Natalia Aguilar Vásquez
Universidad de Leiden
Leiden, Países Bajos
n.aguilar.vasquez@umail.leidenuniv.nl

Recibido: 30 de junio de 2014

Aceptado: 10 de julio de 2014

Resumen

Los desaparecidos, los presos políticos y las prostitutas son sujetos al margen de la ley; son *Otros* a quienes se les ha negado hablar, se le ha quitado la voz o se les ha impuesto un discurso que los excluye del marco de la legalidad. *Dos veces junio* novela de Martín Kohan publicada en 2008 revela las estrategias narrativas empleadas por la dictadura de Jorge Rafael Videla para imponer una única manera de contar la realidad, al mismo tiempo que caracteriza a los *Otros* excluidos como personajes sin cuerpo propio, a la merced de los deseos de los represores (el gobierno). De manera análoga, la escritura se formula como un cuerpo herido, subyugado y corrompido por la misma violencia que acecha a los personajes. Este artículo aborda la construcción de identidad en la novela de Kohan a la luz de las teorías de bio-política de Giorgio Agamben, sobre todo su distinción entre condiciones de vida *bios/zoe* en el estado de excepción. Conceptos que dejan entrever la falta de autonomía de los individuos. Ya sean víctima o victimario cada uno actúa como peón de una estructura política burocrática y tiránica de la que parece, no hay escapatoria.

Palabras clave: Cuerpo, violencia, estado de excepción, dictadura, Argentina, Giorgio Agamben

Abstract

The missing persons, the political prisoners and the prostitutes are subjects on the fringes of the law; *Others* to whom the right to speak has been forbidden, to whom the voice has been taken or to whom an excluding discourse has been imposed by the legal framework. *Dos veces junio* a novel by Martin Kohan

published in 2008 reveals the narrative strategies employed by Jorge Rafael Videla's dictatorship to impose a one and only version of verbalizing the reality. Simultaneously, it characterizes the *Others* as characters without a body of their own under the desires of the repressors (the government). Analogous, the writing is formulated as a fragmented body, subjugated and corrupted by the same violence that stalks the characters. This article addresses the construction of identity in Kohan's novel according to Giorgio Agamben's theories about bio-politics, especially the distinction between forms of life *bios/zoe* in the state of exception. These concepts suggest the subjects' lack of autonomy. Either victims or victimizers, each of them are a pawn of a politic bureaucratic and tyrannical structure, from which it seems that there is no escape.

Key words: Body, violence, state of exception, dictatorship, Argentina, Giorgio Agamben

La escritura en *Dos veces junio* de Martín Kohan es un experimento literario donde a través de una prosa fragmentaria dos hechos históricos convergen en la narración del personaje principal, un conscripto elegido al azar para prestar servicio militar durante el año 1978. La narración que se presenta como una red de voces, relatos personales y en apariencia independientes, crean el entramado que teje la trama en diálogo con el momento histórico que refiere. Por un lado, la paradójica situación de Argentina durante junio de 1978 donde, al mismo tiempo que el Teniente Gral. Jorge Rafael Videla dictaba y ordenaba el secuestro, desaparición, tortura y ejecución de "enemigos" del régimen¹, los argentinos eran anfitriones de la copa mundial de fútbol de la FIFA. Por otro lado, el relato termina con un epílogo que evoca los último años del régimen, específicamente junio de 1982, cuando las tropas de Videla deben retirarse de las Malvinas, territorio que habían invadido sólo unos meses antes. Sin duda, la muerte de más de 600 jóvenes en combate desprestigió las decisiones del gobierno y presagió la futura caída de la Argentina de Videla.

El espacio temporal entre ambos hechos violentos de la Historia argentina se presenta sin embargo, como contexto de una realidad subyacente e "invisible": las consecuencias de la represión política y la guerra en los cuerpos de los personajes. Este es el eje central de la novela, problematizar a través de las voces de las víctimas del conflicto, el estatus político de los cuerpos humanos y cómo las estructuras de poder

¹ El 24 de marzo de 1976 la Junta de Comandantes asume el poder designando como presidente al Teniente Gral. José Rafael Videla. Bajo su mando la nación entra en el autodenominado "Proceso de reorganización nacional" el que establecía, como medida directriz, que toda forma de participación popular debía ser reprimida y destruida por el estado. Las acciones oficialmente implementadas por la dictadura incluyeron desde prohibir los derechos de los trabajadores y suspender las huelgas hasta quemar libros "peligrosos" y exigir el corte de pelo para los hombres (Ver: "La dictadura militar en Argentina: 24 de marzo de 1976 - 10 de diciembre de 1983" (Ministerio de Educación de la Nación 2011).

actúan sobre dichos cuerpos. Los desaparecidos, los presos políticos y las prostitutas se caracterizan como personajes sin cuerpo propio, a la merced de los deseos de los represores (el gobierno). De manera análoga la escritura se formula como un cuerpo herido, subyugado y corrompido por la misma violencia que acecha a los personajes; cuerpo humano y cuerpo discursivo (o cuerpo de la escritura) son inseparables en la novela. Dicha relación apunta directamente a la construcción de la Historia Nacional de la Argentina y a la importancia de la correspondencia entre política y cuerpo en la formación de identidad individual y/o colectiva en América Latina.

El presente ensayo tiene como propósito analizar el rol narrativo que cumple el personaje principal de *Dos veces junio* como mediador entre dos espacios políticos que condicionan la existencia y la inexistencia de los otros individuos (personajes) en la novela. El personaje está en un lugar intermedio entre dos mundos que han sido separados por las decisiones de Estado. Por un lado, el marco de la legalidad del que Videla ha establecido las reglas y normas para ser ciudadano. Por otro lado, el enemigo del régimen, el de la oposición que no sigue o no puede seguir la ley. Cada una de estas posiciones, no sólo se relacionan con el lenguaje usado por los personajes sino también, con el efecto que el estatus político tiene sobre los cuerpos. Es por esta razón que narración (voz) y corporeidad están entrelazadas en la novela.

La desarticulación del tiempo narrativo y la obsesión numérica introducen la acción en *Dos veces junio*. Un cuaderno de notas abierto deliberadamente sobre una mesa incita al personaje narrador a la lectura, la pregunta leída es la materialización lingüística de lo impensable, la articulación semántica de la atrocidad humana; una pregunta atrevida por su falta de ortografía y por la complicidad criminal con que vincula al lector: “¿A qué edad se puede *empesar* a torturar a un niño?” (Kohan 2008, 11). La pregunta queda suspendida sin respuesta mientras la narración retrocede temporalmente y el lenguaje numérico se impone como autoridad reguladora de la ficción. A cada capítulo y a cada segmento de la novela se le ha asignado una cifra en el afán por clasificar y cuantificar cada momento, como mímica de un lenguaje aplicado por un sistema político represivo que justifica su funcionamiento en la veracidad numérica pues “los números sirven a los cálculos más racionales” (2008, 11).

No obstante, la lógica numérica no es enteramente fehaciente y no está exenta de manipulación y de imprevisibilidad. La identidad del personaje principal está condicionada por la arbitrariedad de las cifras; quien lleva el hilo de la narración en *Dos veces junio* es un conscripto elegido al azar para prestar un año de servicio militar bajo la dictadura. El narrador/personaje es un hombre cuyo nombre es cifra, “la radio dijo: “número de orden”. “Seiscientos cuarenta.” Seiscientos cuarenta era yo” (Kohan 2008, 12). Desde ese momento el espacio narrativo es simulacro de las prácticas políticas del Estado, al “ganar” el sorteo se le concede a “seiscientos cuarenta” una identidad acorde dentro de la maquinaria del régimen militar, de cifra a “conscripto”. El léxico y la denominación del sujeto obedecen a las prácticas de la dictadura, por esta razón el

conscripto simboliza la inestabilidad de identidad a la que están supeditados cada uno de los personajes. El conscripto, pasa de civil a militar y al mismo tiempo, su contacto con un *adentro* (prisión, centros clandestinos de tortura y aprisionamiento) y un *afuera* (la calle, el estadio, el partido de fútbol, la radio, la prensa) lo hacen una figura entre el discurso del Estado, que establecen la norma y por extensión, la ilegalidad y el discurso de los “ilegales” cuyo cuerpo y voz es vulnerable y manipulable por el discurso dominante que los rechaza. Esta posición entre discursos permite al lector acceder a voces que en principio no puede oír porque pertenecen a cuerpos sin identidad oficialmente reconocida, a cuerpos sin *persona*², a vidas reducidas a corporeidad.

La legalidad es una imposición de la soberanía del centro político; ley que no sólo determina el campo de acción de los sujetos sino que condiciona el estado de excepción y los márgenes bajo los cuales dichos sujetos, dentro del Estado mismo son estratégicamente excluidos por el sistema. Este es el tema principal que interesa a Giorgio Agamben en su libro *Homo Sacer* (1998), las condiciones de vida de los sujetos al margen de la ley y su estatus dentro de la soberanía³ del Estado. Sus postulados, sobre todo aquellos que describen las condiciones de vida del sujeto al margen o dentro de la excepción, ofrecen herramientas útiles para el análisis de las condiciones de vida a las que están sometidos los personajes en *Dos veces junio*. Las explícitas referencias históricas en la novela no sólo subrayan la relación con las teorías de la bio-política de Agamben sino además, reflejan la importancia de la escritura pos-dictatorial argentina como contra-discurso en oposición al lenguaje del soberano y como ficción preservadora de memoria.

Al explicar la materialización del estado de excepción Agamben propone la metáfora del campo de concentración para simbolizar la frontera entre la vida desnuda y la existencia política (Lemke 2011, 56). El campo de concentración es el espacio que se abre cuando el estado de excepción se instaura (Agamben 1998, 96), la vida desnuda o el denominado *zoe*, la vida común a todos los seres vivos aparece en radical oposición al *bios*, la vida propia de un individuo o grupo⁴. Bajo estos términos, el *adentro* que ha

² El término *persona* ha sido definido por Giorgio Agamben (2010) en el capítulo 7 “Identidad sin persona” del libro *Nudities*. El autor hace un recorrido histórico por la construcción del concepto de “hombre” e “identidad” en Occidente. En este contexto, la *persona* (término usado en la antigua Roma) es una máscara que, hasta cierta medida dirige el rol, el desempeño y las posibilidades de un hombre en su círculo social pero no determina por completo su identidad. Por el contrario, a partir del siglo XIX el hombre europeo se identifica o es identificado por su sociedad únicamente por sus condiciones biológicas eliminando cualquier separación entre hombre y máscara.

³ En *Homo Sacer* la soberanía o el soberano es entendido como el centro o la figura que o quien decide las bajo qué circunstancias la ley se suspende permitiendo así el “estado de excepción”. La capacidad del soberano de suspender la ley significa para Agamben una paradoja pues teniendo el poder legal de suspender la validez de la ley, se posición por fuera de la ley misma. Es decir, que la ley es a fuera de sí misma (Agamben 1998, 17).

⁴ La distinción entre *bios* y *zoe* es el centro de la teoría de Giorgio Agamben. La terminología usada por el autor retoma las distinciones entre tipos de vida de la antigua Grecia. Vale aclarar que ambas formas de vida no se proponen el uno al *Otro*, la diferenciación entre el *zoe* la vida en general y el *bios* la vida cualificada propia del hombre no es antagónica (Agamben 1998, 42) sólo cuando el *zoe* es visto como carencia de derechos y estatus civil el *bios* se favorece.

sido aquí referido es el espacio instaurado en el estado de excepción, donde los hombres son reducidos a mera vida; sin garantías políticas a merced de las decisiones del soberano. El *adentro* es un espacio escondido, reprimido, clandestino, extraoficial; es la celda, el centro de detención. En contraposición, el *afuera* es el reino del *bios*, donde el andamiaje legal se percibe justo y activo. Ese *afuera* es visible, oficial, público como la ciudad y el fútbol.

Debido a su condición de conscripto, el personaje narrador es reproductor de las decisiones del soberano y parte del engranaje de la tiranía estatal; un mediador entre vidas desnudas y vidas cubiertas. Las tareas diarias que le son asignadas como vigilar a “la detenida” y servir de chofer para militares de alto rango y para los médicos encargados de cuidar la salud de los prisioneros; mantenerlos vivos para extender las torturas hasta cuando sea posible, no sólo desentraña las prácticas deshumanizantes a las que “los detenidos” son sometidos sino también expone cómo el lenguaje cotidiano es progresivamente colonizado por el léxico dictatorial (Martínez Cabrera 2012, 110). En *Dos veces junio* la segmentación textual simula la constante pugna entre el lenguaje de aquellos que están en el *adentro* y el soberano que impone su léxico desde el *afuera*. El proceso de alienación de los individuos al margen tiene como estrategia quebrantar el espíritu a través de la tortura pero también normalizar estas prácticas valiéndose de una ficción discursiva reproducida por los funcionarios del régimen y los medios de comunicación. Recursos como los desplazamientos de significados y el uso de eufemismos⁵ sirven a estos propósitos y son expuestos en aquellos segmentos donde los militares se refieren a los prisioneros.

El conscripto lentamente se sumerge en el uso de cierta terminología para nombrar el mundo, asimilación lingüística que iguala su propio proceso de entrenamiento militar y alienación individual dentro del cuerpo de la institución armada: “no tenía que creer en lo que oía: no era cierto que una mujer pariendo fuese igual que una perra pariendo, no era cierto que el chiquito le hubiese nacido muerto, porque ella lo estaba oyendo llorar” (Kohan 2008, 21). “La detenida”, la mujer prisionera que a lo largo de la novela es víctima de abusos, es constantemente degradada al estado de la *zoe*. Nunca se menciona su nombre, ni siquiera se le da la denominación de prisionera⁶, ella está en un estado transitorio de “detención”, en una espera constante por recobrar su libertad; “la detenida” pasa a ser un nombre oficial que camufla aquello que

⁵ Erika Martínez Cabrera en “Hablar al hueco: silencio y memoria en la última dictadura argentina” explica que el uso de eufemismos y la imposición de un nuevo léxico para referirse a las prácticas de tortura y detención de los presos militares fue una de las estrategias primordiales para normalizar esta conducta: “torturar era “interrogar”, matar era “mandar para arriba” o “hacer la boleta”, secuestrar “chupar”; las cuadrillas de secuestro eran “patotas”, los muertos “bultos” o “paquetes” y extraer una confesión bajo tortura “quebrar”” (Martínez Cabrera 2012, 111).

⁶ A partir de la III Convención de Ginebra el prisionero de guerra tiene el derecho a ser tratado humanamente en toda circunstancia por su condición de prisionero. El detenido por su parte, al estar provisionalmente recluido de forma preventiva no tiene aún un estatus político definido; está a la espera de juicio o en proceso de liberación.

verdaderamente es (o queda) de su *bios*, ella es igual que un animal, una vida meramente corporal.

La imposición de un nuevo léxico para referirse a atrocidades que en principio parecen ser inenabizables y el desplazamiento del significado de palabras que han sido reemplazadas por otras, construye nuevas relaciones sinónimas que banalizan el mal⁷ al cosificar el sujeto marginal. Después de parir como las perras, a “la detenida” se le ordenó “que limpiara lo que había hecho” (Kohan 2008, 22). Un soldado la ve limpiar mientras juega con las tijeras usadas para cortar el cordón umbilical, le dice “la placenta métela nomás en el balde” (2008, 22). Aquello que “hizo” es “dar a luz” pero aquí, el alumbramiento se presenta como suciedad intencionalmente producida por la mujer (o perra). Las tijeras a su vez, se usan tanto para cortar el cordón como para jugar, “jugar” y “torturar” son equivalentes.

“La detenida” es en términos del doctor Mesiano, el médico encargado de supervisar las torturas, como las prostitutas o como cualquier prisionero de guerra. A su vez, en tiempos de guerra (estado de excepción) el prisionero es como un muerto (Kohan 2008, 115) y que su cuerpo una cosa igual que las otras cosas (2008, 90). Este procedimiento “racional” de analogías lingüísticas sustenta entonces que el cuerpo de la detenida, sea “usado” con distintos propósitos, como si fuera una cosa: “El doctor Padilla recomendó, ante todo para evitar un mal momento a los interesados, que nadie hiciera uso de la detenida, hasta tanto pasaran unos treinta días desde el alumbramiento” (2008, 28). Sin embargo, “el doctor aclaró que el trato rectal con la detenida no debía traer consecuencias negativas (...)” (2008, 28) y decidió recomendar “la suspensión temporaria de las técnicas interrogativas de inmersión” siempre y cuando “existiera la necesidad de preservar la vida de la detenida” (2008, 30). Nótese los desplazamientos, “que nadie hiciera uso de la detenida” en lugar de “violar a la mujer”, “trato rectal” por “penetración anal” y “técnicas interrogativas de inmersión” en reemplazo de “tortura con agua”.

Los eufemismos facilitaban la cooperación de cabos y soldados en la ejecución de ciertos procedimientos, al mismo tiempo que obedecían a la ideología nacionalista basada en estrictos esquemas de “racionalidad” justificados en la tirana lógica de los “hechos” biológicos. En este sistema la identidad y el ser *persona* es exclusivamente biológico; el hombre es sólo cuerpo. Las prácticas discursivas de la dictadura argentina estaban basadas principalmente en la preservación de la moralidad cristiana y el respeto a la propiedad privada (Martínez Cabrera 2012, 110). La dictadura rescató dentro de los preceptivos religiosos al mesianismo católico; doctrina que se manifestó como delirio

⁷ Hannah Arendt propone en su libro *Eichmann en Jerusalén* el término “banalización del mal” como una de las características que guió las prácticas de la Solución Final durante el Holocausto. La “banalización del mal” incluyó como sucedió durante la dictadura de Videla y representado en la novela, el uso de (*Sprachregelung*) reglas de lenguaje (Arendt 1963, 85) para referirse a los procedimientos aplicados a los judíos capturados, llevados a campos de concentración y asesinados en masa.

de omnipresencia identificando al soberano como preservador de los valores del pueblo y clasificando a la oposición, como enfermedad que terminaría por corroer el cuerpo colectivo de la nación. Este Organicismo o Corporativismo principio funcional del ejército y característica estructural de los Estados totalitarios, ve a la sociedad como engranaje de cuerpos individuales. Ahora bien, en el caso Argentino⁸, la desaparición y dominación de los cuerpos de los disidentes conceptualizó a la sociedad precisamente como un cuerpo que encarnaba el Bien y el Mal desde la lógica cristiana. El Organicismo se transformó favorecido por las nuevas tecnologías médicas en su nueva versión capitalista; el Bien y el Mal eran la salud o la enfermedad que debía ser erradicada a través de una labor de saneamiento del Estado, del cuerpo social a través de los cuerpos individuales (2012, 118).

Del mismo modo, la Historia argentina es ejemplificada por el mismo mecanismo de eufemismos, de traslación de símbolos como maniobra para la subyugación de una raza sobre otra. Como bien expone el doctor Mesiano al concripto, los indios Quilmes habitantes del norte del país fueron trasladados a la fuerza para que los fuertes inviernos del sur quebrantaran su salud, tal mortificación sumado a los tormentos del viaje los dejó maltrechos. Todos los indios perecieron pero su nombre permaneció en el nombre de la ciudad Quilmes, después nombre de cerveza y más adelante, en cuadro de fútbol (Kohan 2008, 101). En la actualidad aunque ya nadie reconozca a los indios como primera asociación a “Quilmes” la dominación ha sido exitosa, la raza inferior ha sido exterminada de la tierra y su léxico apropiado y re-significado en los símbolos de la identidad argentina contemporánea. El modelo de exterminación indígena se retoma como paradigma de acción contra los prisioneros que son también trasladados, de un centro de detención a otro para que las torturas y los viajes los desorienten y quebranten lo que sea que de ellos queda. La división de las partes del todo, es según el doctor Mesiano, un aspecto fundamental para el funcionamiento del sistema actual “enseñanza extraída de la historia de los indios Quilmes” (Kohan 2008, 102). Así pues, la medicina es la disciplina encargada de supervisar las medidas de saneamiento promovido por el Estado y por lo tanto, de tajar las partes del cuerpo social, para que razas como aquella de los Quilmes (o los opositores) no se reproduzcan.

La justificación científica de que el sujeto disidente no sólo era subversivo en ideología y comportamiento sino también biológicamente predispuesto a delinquir, encontró en la medicina otra herramienta más de dominación. En la novela el discurso de la dictadura además de valerse de una re-significación de los signos lingüísticos, usó la autoridad científica y su “racionalidad” para justificar los beneficios colectivos de la extirpación temprana de individuos, cuerpos peligrosos (como cualquier tumor

⁸ En el ensayo “Política, ideología y figuración literaria” Beatriz Sarlo la ideología detrás del discurso autoritario de la dictadura donde el país es visto como una casa, el gobierno como el jefe de la familia, los ciudadanos como la minoría necesitada de instrucción. La comparación organicista país/familia refuerza la opacidad en la que transcurre la toma de decisiones (Sarlo 1987, 39).

cancerígeno). El doctor Mesiano, nótese la referencia que hace su apellido al “mesianismo”, es el personaje donde los discursos biológico y político dialogan. Del mismo modo que las labores diarias del conscripto como vigilante de los prisioneros permiten al lector acceder a las voces sus voces de súplica, su trabajo como chofer lo acerca (y al lector) a la vida privada y la doctrina del doctor.

Bien explica el doctor Mesiano la relación antagónica de dos discursos en la Argentina de la dictadura al conscripto quien señala,

(...) Entendí, y ése fue mi mérito que si las cosas funcionaban era porque se las hacía siguiendo un método. El doctor Mesiano cierta vez me había dicho: dos fuerzas chocaron en la formación de la Argentina: una caótica, irregular, desordenada, la de las montoneras; otra sistemática, regular, planificada, la del ejército (Kohan 2008, 37–38).

La anarquía de las montoneras se combate con los métodos de la medicina que como toda ciencia es cuantificable y sustentable en la simulación de veracidad que ofrecen los números. Las cifras aparecen de nuevo, como en las división de los segmentos, como símbolo del orden en el caos. En la novela la obsesión de cuantificar el mundo y clasificar a los sujetos es llevada al irónico extremo en el que el valor del ser persona sólo es precible al ser tasable en números. Se explica entonces la necesidad compulsiva de pesar, medir y describir las características fisiológicas del cuerpos como único signo de la identidad individual. La medicina es en este sentido, una disciplina que no trabaja sobre la “[...] medianía, sobre el nivel promedio de lo que se considera la normalidad” (Kohan 2008, 85) sino sobre los límites a los que un cuerpo humano puede ser llevado (2008, 85). Los límites del *zoe* han sido racionalmente establecidos por una ciencia hecha para conocer la frontera para quebrantar la vida humana. La madurez cognitiva no es lo que cuenta, “sino su masa corporal, el peso de su cuerpo, para saber si se trata de un cuerpo resistente o no” (2008, 124). Es por esta razón que el único requisito para llevar a cabo una “intervención” es la posesión de cierta masa muscular, cierta tonicidad, cierta constitución ósea, cierta capacidad pulmonar, en fin [...]” (2008, 128).

En el marco de la guerra, el campo de concentración o el estado de excepción determinan el círculo de acción y por extensión, el valor/uso/rol del cuerpo. La simbiosis entre cuerpo y el ser hombre hace que la identidad, desde el siglo XIX hasta hoy como explica Agamben, se presente dentro del marco de la legalidad desde la corporeidad y las características biológicas; “no se trata ya de que los “otros”, mis compañeros, mis amigos o enemigos garantizan mi identificación [...] lo que ahora define mi identidad [...] es algo que no tienen absolutamente nada que ver, algo con lo que y por lo que no puedo identificarme o tomar distancia de: vida desnuda, meros hechos biológicos” [mi traducción] (Agamben 2010, 50). Por lo tanto, una política que crea su modelo de “naturaleza” y hace a ciertos cuerpos parecer naturales en contraposición a otros, es como la construcción de realidad misma, una ficción literaria que se impone sobre individuos sin ninguna autonomía frente a ese discurso. La novela

juega con este artificio al hacer de todos los sujetos política y corporalmente marginados, mujeres. La desigualdad de género sirve como vehículo para enfatizar segregación política en términos de inferioridad biológica.

En *Dos veces junio* “la detenida”, “Sheila”, las prostitutas de Vietnam, la chica de la bicicleta, la mujer golpeada por su esposo y la hermana del doctor Mesiano, son los sujetos al margen y precisamente los sujetos, a quienes por sus características recesivas genéticamente (el ser mujer) están supeditadas al rechazo y las fuertes políticas sanitarias del Estado. La mujer y en especial la sexualidad femenina, tratan de ser controladas por el soberano y su discurso ideológicamente fundado en el catolicismo patriarcal de la dictadura. En los segmentos donde la mujer actúa se le presenta pasiva o padeciendo su condición de mujer. La prostituta, forzada a fingir placer; “la detenida” obligada a regalar a su recién nacido; la chica de la bicicleta, culpada de provocar a los hombres que la violaron; la casada, golpeada hasta las cicatrices, aparecen en la novela como historias independientes pero inseparables muestras de la dominación ejercida por el determinismo biológico y la naturalización política del cuerpo.

El conscripto, agente de la dictadura y constante testigo del maltrato femenino aparece como cómplice y reproductor del sistema al ignorar las súplicas de “la detenida” y al forzar el goce sexual de la prostituta “Sheila”. No obstante, su agencia es efímera ya que su propia subyugación al discurso dictatorial aparece cuando pretende poseer o hacer suyo ese cuerpo al margen. Las escenas en las que el personaje principal tiene relaciones sexuales con “Sheila” y donde la obliga a dejar de fingir su papel de mujer/objeto/prostituta muestra la imposibilidad de ambos personajes de huir del rol social que se les ha asignado. En el caso de ella, tal fingimiento o simulacro de “placer” y “goce” durante el sexo es la única manera de “ser” y desgraciadamente, ese “ser” es “padecer” su cuerpo: “Me llamo Sheila [...] y no tengo nombre auténtico” (Kohan 2008, 98). “Sheila” es eufemismo de “puta” y ella puede o hacer más que eso. En el caso de él, cada vez que le pide a “Sheila” muestras de “autenticidad”; su nombre, su goce y su dolor auténtico, ella se le esfuma porque ese cuerpo le es inalcanzable: “todo en ese lugar era puro artificio, pero no el cuerpo accesible de la mujer desnuda [...] y sin embargo, de ese cuerpo desnudo, de esa mujer desnuda, no había manera de obtener una verdad” (2008, 99); “su verdad, si es que la tenía, se me escapaba” (2008, 101).

Giorgio Agamben también hace alusión a la desnudez y el desnudar al *Otro* como un intento de posesión frustrado. En el capítulo 8 de su libro *Nudities* explica el gesto de observar al *Otro* desnudo como un ritual sadomasoquista de poder (Agamben 2010, 55), donde la víctima es inspeccionada en su estado de mayor “vulnerabilidad”: con la piel al descubierto. El argumento de Agamben se ajusta perfectamente a los episodios sexuales entre el conscripto y la prostituta, él quiere ver algo auténtico en ella (quien es por “naturaleza” un cuerpo ajeno y sin dueño) y recurre a la violencia para desnudarla y someterla corporalmente. Aun cuando Sheila gime de auténtico dolor el nunca puede controlarla y tenerla para sí porque más allá de su cuerpo ella no es nada

(nadie). El sadomasoquista, el conscripto que trata de ignorar a la mujer que en voz baja le dice: “Vos no sos uno de ellos. Vos me tenés que ayudar” (Kohan 2008, 135) construye su verdad a partir de la elección de retazos ficcionales, “es un momento no quise escuchar más y le dije: “cállate, vos. Cállate la boca”” (2008, 137).

Así el discurso monológico dictatorial se desarticula al contraponer segmentos de dos realidades en pugna, las escenas del *afuera* donde la euforia del fútbol, la supremacía argentina y la estabilidad social, se presentan como única realidad nacional aparecen como artificio irónico y vulgar ante el *adentro* que se asimila en su apropiación léxica. La intertextualidad de historias es fachada e ilusión para desviar la mirada de los ciudadanos pero también, una lucha entre maneras de contar la realidad. Incluso, los sujetos pertenecientes al engranaje burocrático de la dictadura pierden conciencia de la separación entre dichas versiones, por esta razón para el conscripto la frontera entre el Bien y el Mal, la ética y la perversión, la narración del Estado, el padecimiento de “la detenida” y la “autenticidad” de Sheila se difuminan, indistinguibles. El conscripto está perdido entre el rol que le han dicho debe seguir y el deseo de ser individuo, de tener privacidad, de gozar del sexo o de elegir cuál de las versiones de realidad es la suya, “en todo caso había una parte de verdad y una parte de falsedad en lo que pasaba, aunque más no fuera una simple parte de verdad y una gran parte de falsedad; y yo no acertaba a establecer cuáles eran esas partes, cuándo empezaba una cosa y cuándo cesaba la otra” (Kohan 2008, 101).

Esa “otra” parte encuentra la dificultad de ser representada se cuele entre los segmentos que componen la narración del Estado; detrás de los detalles de la prensa, los resultados de los partidos de fútbol, los asuntos familiares del conscripto y del médico hay otra historia que aparece traslúcida entre las rígidas líneas del monopolio discursivo que desplegó la dictadura. Una historia que al surgir en oposición a otra afronta la exigencia de encontrar nuevos modos de representación para referir las experiencias de los sobrevivientes a la violencia estatal como los vacíos dejados por aquellos que sucumbieron a ella (Muñío Barreiro 2012, 160). El vacío o aquello que no puede ser materializado en palabras, el trauma de la experiencia violenta que escapa la articulación pues el sujeto ha sido deshumanizado hasta el mutismo toma forma de fantasma en *Dos veces junio*. La metáfora del campo de concentración aparece de nuevo para condicionar las formas en las que *el después* de la violencia irrumpe en el presente colectivo y en la memoria de la tragedia pasada. Bien indicaba Walter Benjamin que quienes regresaban del campo de batalla llegaban enmudecidos, imposibilitados de relatar su historia (W. Benjamin cit. en Martínez Cabrera 2012, 107). Lo mismo sucedió según Theodor Adorno a todos los intentos poéticos después de Auschwitz (Adorno 1981, 34) y apropiadamente en el caso argentino, como explica Beatriz Sarlo, a la tragedia la siguieron múltiples versiones e intentos de rodear, desde ángulos diferentes una totalidad que por definición no puede representarse por completo (Sarlo 1987, 43).

En *Dos veces junio* el mutismo, el espectro de las víctimas que sucumbieron toman la forma material a inmaterial del fantasma; del sujeto desaparecido intencionalmente por la dictadura. El desaparecido es un cuerpo ausente y presente en su ausencia, un sujeto que no se declara fallecido pero que ha sido suprimido sin rastro de la sociedad. La historia del recién nacido Guillermo, el hijo de “la detenida” declarado muerto pero acogido por el doctor Mesiano, reaparece al final de la novela una vez el concripto decide visitar al doctor cuando su año de servicio ha terminado. El fantasma de Guillermo se esconde detrás del nuevo nombre (y la nueva identidad) que se le ha asignado, el niño ahora se llama “Antonio” y es el hijo de la hermana del doctor Mesiano. El concripto ve como el niño juega mientras lo llama “Antonio” pero el chico no atiende y sigue jugando “[...] como si no lo estuviesen llamando a él” (Kohan 2008, 185). Aunque al chico se lo nota todavía un poco rebelde, “[...] va mejorando su conducta día a día [...]” (Kohan 2008, 187). “Antonio” es el *Otro*, el niño arrebatado de la madre peligrosa, rescatado de sevicia que lleva en la sangre, reformado bajo los ideales del Estado día a día hasta que se le quite lo que ha heredado de rebelde.

El retorno del desaparecido como *Otro* es la ejemplificación máxima de los crímenes de Estado y de la despótica dominación del discurso sobre los cuerpos. El niño es la victoria de la falsedad, el estado de indistinción entre ficción y realidad que describe el concripto y al mismo tiempo, la huella indeleble de la existencia de campos de reclusión y tortura en Argentina. “Guillermo” y “Antonio” son dos identidades fluctuantes en el mismo cuerpo, como las dos historias que refiere Kohan en el espacio discursivo que abre la novela. La historia del concripto termina en la total indistinción entre el *adentro* y el *afuera*; al regresar de la visita al doctor Mesiano se queda solo en su casa, se acuesta a dormir y en sueños ve a Sheila sin reconocer su rostro pero consciente de que es ella. Al despertar recuerda el sueño, lo repasa estando despierto y cuando anochece de nuevo la espera “como si tratara de una mujer real [...]” (Kohan 2008, 188). Su intimidad, su sueño, su realidad, su fantasía sexual se construyen en ese híbrido de historias que mezclan una parte de verdad y otra parte de falsedad, sin saber cuál es cuál. Así las piezas menores en el engranaje de la maquinaria estatal como el concripto son a fin de cuentas, victimarios del *Otro* y víctimas como objetos hacedores del terror. Su figura ambivalente problematiza la complicidad de los ciudadanos dentro de la masacre y la existencia de los vestigios de la dictadura en la argentina contemporánea.

Este ensayo se ha propuesto a través del estudio del lugar político y discursivo que ocupa “el concripto” en *Dos veces junio* contestar dos interrogantes, ¿Cómo se relacionan el cuerpo de la escritura con el cuerpo de la violencia? ¿Puede la ficción representar lo irrepresentable, dar cuerpo a los invisibles? Estas preguntas han sido abordadas desde las estrategias narrativas que invitan al lector a pensar el estatus social del cuerpo en la Argentina durante y después de la dictadura de Videla; la ironía, la fragmentación y los eufemismos, así como el juego intertextual entre la cultura popular y el hecho histórico, configuran una trama en función de aquello que no puede ser

lingüísticamente tangible y/o representable. El uso de estas estrategias y de imágenes “ajenas” a la política como las jugadas ofensivas-defensivas del fútbol, o la historia del exterminio de los indios Quilmes, sirven para hablar de una tragedia que no puede ser gesticulada por su hondo impacto. Al referirse a otras historias se abre no sólo un espacio para pensar el pasado y la herencia cultural de la Historia Nacional Argentina, sino un vacío textual que alude a la presente ausencia de las víctimas y los desaparecidos durante la dictadura.

Más aún, la ficción como recurso para dirigirse a la Historia es la única alternativa para dar voz a los silenciados por el Estado y para preservar la memoria de los muertos en los vivos. Gesto que no pretende explicar o emular en el lector el dolor de la víctima, sino abrir un espacio (siempre vacío) para pensar la ausencia del *Otro*. Una narrativa monológica, autoritaria, determinista, escrita con mala ortografía y sin ánimos de ser corregida, incita a la creación de *Otra* historia construida a voces y desde la solemnidad del silencio de la víctima. Con la pregunta ¿A qué edad se puede empezar [empe(s)ar] a torturar a un niño? Se cuestiona el lugar del cuerpo como espacio político; un niño se puede torturar cuando la patria lo requiera. También la negligencia del determinismo biológico, la tortura se empieza una vez se aprenda a hablar y se tenga cierta tonicidad. Finalmente, la Historia y los cuerpos como construcciones de la ficción, porque “los subordinados” temen corregir la ortografía de los opresores perpetuando así los poderes iletrados del dictador y asegurando que con el simple gesto de formular una pregunta de tales proporciones, se contemple la viabilidad y las condiciones para llevar a cabo la acción: la atrocidad de torturar a un niño.

Bibliografía

Adorno, Theodor W. 1981. *Prisms*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

Agamben, Giorgio. 1998. *Homo Sacer*. Meridian. Stanford, Calif: Stanford University Press.

———. 2010. *Nudities*. Meridian, Crossing Aesthetics. Stanford, Calif: Stanford University Press.

Arendt, Hannah. 1963. *Eichmann in Jerusalem; a Report on the Banality of Evil*. New York: Viking Press.

Kohan, Martín. 2008. *Dos veces junio*. Buenos Aires: Debolsillo.

Lemke, Thomas. 2011. *Biopolitics: An Advanced Introduction*. Biopolitics, Medicine, Technoscience, and Health in the 21st Century. New York: New York University Press.

- Martínez Cabrera, Érika. 2012. "Hablar al hueco: silencio y memoria en la última dictadura argentina." *452ºF: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, no. 6: 105–22.
- Ministerio de Educación de la Nación. 2011. "La Dictadura Militar en Argentina: 24 de Marzo de 1976 - 10 de Diciembre de 1983". Ministerio de Educación de la Nación, Subsecretaría de Coordinación Administrativa. <http://www.me.gov.ar/efeme/24demarzo/dictadura.html>.
- Muñoz Barreiro, David Antonio Muñoz. 2012. "Postmodernidad y (post) Dictadura. Consideraciones teóricas sobre la literatura argentina postdictatorial." *Impossibilia*, no. 3: 150–63.
- Sarlo, Beatriz. 1987. "Política, ideología y figuración literaria." En *Ficción y Política: La narrativa argentina durante el proceso militar*, editado por Daniel Balderston, 30–59. Buenos Aires: Alianza; Institute for the Study of Ideologies & Literature, University of Minnesota.